

LA PERCEPCIÓN EXTERIOR DE ESPAÑA DURANTE EL FRANQUISMO

Rafael Núñez Florencio

I.E.S. «Rey Pastor»

«No existe un país más dominado por una religión poderosa que favorece a menudo la gatzmoñería y la intolerancia, pero tampoco existe un país en donde se sienta más que en éste, bajo el brocado de las devociones o bajo la piedra de los dogmas, brotar el fervor humano; no hay país más sojuzgado que éste, pero tampoco más libre, con esa rudimentaria y suprema libertad hecha de desprendimiento, de pobreza, de indiferencia, de amor a la vida y desprecio a la muerte.»

Marguerite Yourcenar: «Andalucía o las Hespérides» (1950), en *El tiempo, gran escultor*, Madrid, 1989, p. 189.

1. Las imágenes, su contexto, su producción y otros factores diversos

Aunque tengamos una acotación bien definida (1936 ó 1939-1975), partamos de la base de que ningún período es autosuficiente en cuanto a las imágenes que promueve, por lo menos en dos sentidos, estructural y coyuntural: depende de la concepción previa que se tenga del país global o ahistóricamente considerado y depende también de cómo se juzgue el período precedente. Esto significa, en nuestro caso concreto, que la imagen de España durante el franquismo, por lo menos en sus primeros tiempos, será indisociable, además de la valoración que se tenga de modo esencialista sobre la nación, de la postura que se adopte o haya adoptado respecto a la fase 1931-1939, República y Guerra Civil, con frecuencia juzgada con tintes señaladamente emotivos. Por esas razones, al hablar de la imagen de la España franquista aparecerán rasgos que no corresponden específicamente a la etapa en cuestión, sino que son aplicables a otros muchos períodos de la historia española y, a su vez, la valoración que se formule no estará sujeta tan sólo a lo

que haga o deje de hacer el franquismo, sino que vendrá determinada por las actitudes previas (prejuicios, si se quiere) que se mantengan sobre el régimen, en cuanto heredero de una situación anterior.

Permítaseme una breve referencia sobre la producción y los productores de imágenes. Por decirlo clara, incluso abruptamente: ¿quién genera las imágenes exteriores de un país? Conscientemente nadie o, mejor dicho, hay muchos protagonistas con intereses enfrentados, que tratan de generar una pintura positiva o negativa del país en cuestión, pero ninguno es responsable único del cuadro resultante, que suele ser una amalgama de factores diversos, conscientes o inconscientes, trascendentales o anecdóticos. A propósito de esto último debe consignarse que, a veces, un detalle que pasa desapercibido para los de dentro, resulta enormemente significativo desde la perspectiva exterior: por ejemplo, el protagonismo de los cosos taurinos para espectáculos de masas en general, no directamente relacionados con la fiesta nacional, es fuente de numerosos equívocos para el extranjero. Ello pone de relieve, por otra parte, que en esa imagen nacional de la que estamos tratando, los factores políticos son obviamente muy importantes, pero ni mucho menos los únicos. Intervienen al mismo nivel, si no más, los factores culturales, entendidos en su más amplio sentido.

Pero retomemos el hilo conductor. Es importante saber, si hablamos en términos nacionales, qué país o países tienen un peso esencial como productores y exportadores de imágenes. En general, cuanto mayor es el peso específico de una nación, más importancia tiene su opinión y mayor es su capacidad para etiquetar a otros. Históricamente, han sido Inglaterra y Francia los tradicionales acuñadores y difusores de una determinada imagen de España, desde la «leyenda negra» a la consideración decadente del XVIII, para desembocar luego en la estampa romántica. Es obvio que resulta difícil disociar todo ello del factor de proximidad geográfica y cultural. Volviendo al siglo XX, dichas premisas implican en el caso español que la valoración que se haga de nuestro país en la India no puede compararse con la que se mantenga desde EE.UU. (incluso aunque estemos hablando reductivamente no tanto de opinión pública como de los gobiernos respectivos), del mismo modo que no puede equipararse la estimación que se haga desde Francia, Italia, Alemania o Inglaterra, las grandes potencias de Europa Occidental, con la que se efectúe desde Rusia o Turquía.

Todo esto se puede trasladar desde el nivel de las naciones al de los individuos, sobre todo cuando éstos desempeñan una función relevante, política o cultural: no es igual la opinión de Churchill o Eisenhower sobre España que la de un cabecilla rifeño. Es muy distinto el comentario

de un Hemingway o un Malraux que el de un turista australiano. Hay libros sobre España que crean opinión por motivos diversos, mientras que otros pasan desapercibidos, aunque sean mejores. Y esto sería trasladable a otras muchas coordenadas: no es lo mismo la opinión del *New York Times* que la de un periódico rumano.

¿Estamos hablando de estereotipos? Sí y no. Digamos en principio que son simplificaciones inevitables, producto de la historia, de las visiones contrapuestas de «aquéllos» y «nosotros» a lo largo del tiempo, de diferencias culturales y rivalidades. No podemos hablar de percepciones científicas desde luego, no resisten el examen desapasionado, porque son precisamente un producto de los sentimientos, las pasiones, las deformaciones. Pero incluso aunque sean falsas, esas opiniones extendidas acerca de un país y sus habitantes tienen un peso específico indudable, terminan estableciéndose como un factor a tener en cuenta, como cualquier otro o, a menudo, por encima de muchos otros.

Las imágenes nacionales constituyen siempre un múltiple juego de espejos. Nunca son el resultado de una sola fuente, de un solo observador, sino una mezcla compleja de cómo se ve una nación desde fuera y desde dentro. Las perspectivas se entremezclan, de modo que los foráneos suelen coger el material de los autóctonos y éstos se ven en función de cómo los juzgan los de afuera, estableciéndose así una dinámica sin límites ni fin.¹ Añadamos, además, que un testimonio determinado no nos habla tan sólo de cómo su autor ha visto a España, sino que deja también al descubierto la ideología o prejuicios del observador, resultado de un substrato de estimaciones previas a la propia experiencia.

Las imágenes nacionales no son estáticas, sino dinámicas. A lo que más se parece es a un juego de calidoscopio. Eso significa dos cosas: primero, por todo lo dicho, que el singular no tiene sentido más que por comodidad: no hay obviamente una sola caracterización de la España franquista, sino casi tantas como observadores, pero aun en el supuesto de que sólo hubiera una, no tendría sentido hablar de la misma imagen en 1939, en 1945, en 1953, en 1968 o en 1974, por citar una serie de fechas en las que cambian las coordenadas interiores y exteriores y, por tanto, se percibe una España franquista muy distinta. Habría que añadir que, en este marco de las valoraciones nacionales, nos movemos en un terreno resbaladizo, en la medida en que resultan sorprendentemente compatibles las percepciones contrapuestas: en el tema que nos ocupa, el énfasis en la represión política —régimen oscurantista—, se amalga-

¹ Ismael SAZ, edit.: *España: la mirada del otro*, Madrid, 1998, pp. 11-12.

ma con la atracción hacia el país de la fiesta y la alegría vital. Entiéndase, por todo ello, la contundencia del título de este trabajo como un mero recurso simplificador y las líneas que siguen, más que otra cosa, como una aproximación a una materia en la que queda aún mucho por investigar.

2. **¿La España *de* Franco... o España *bajo* Franco?: vías de acercamiento**

En el caso de la España franquista tenemos lo que los sociólogos llaman una imagen fuerte, la del propio Franco, que se proyecta inevitablemente sobre el país en general. Desde el momento en que estalla la guerra civil todo el mundo tiene, para bien o para mal, una opinión del jefe del bando insurgente y, por tanto, juzgará en buena medida a la nación en su conjunto, una vez finalizada la contienda, a partir de esa percepción. Naturalmente, eso implica un reduccionismo monstruoso, pero no nos compete establecer aquí la pertinencia o justicia de las caracterizaciones, sino tan sólo levantar acta de una realidad. Durante varias décadas izquierdistas y demócratas de todas partes se negarán a pisar tierra peninsular por rechazo al dictador, sin plantearse siquiera si esa actitud ayudaba realmente al antifranquismo o era solidaria con los miles de españoles que resistían desde el interior.

Por tanto, ¿España *de* Franco o España *bajo* Franco? Este segundo epígrafe, más amplio y comprensivo, permitiría tener en cuenta a quienes *sufren* la represión del régimen, a los que transigen sin apoyarlo, o simplemente a quienes intentan mantenerse *al margen*. En cualesquiera de los casos habría que dejar claro que se trata de trascender el estrecho marco del franquismo como estructura política o como sistema de poder. Es decir, aquí no se va a tratar más que de refilón el entramado político en cuanto tal, porque lo que en verdad interesa es el país en un determinado período histórico. Por eso nos hemos decidido por el epígrafe de «España durante el franquismo» que, al mismo tiempo que contempla el hecho ineludible del régimen, permite la referencia hasta cierto punto autónoma a la sociedad y a la cultura española de la época.

Adoptando esta perspectiva, puede adelantarse ya como conclusión provisional que la imagen de España durante el franquismo aparece menos simple o lineal de lo que podría pensarse a primera vista: resulta ser, en efecto, la España del rasgo diferencial (la ausencia de libertades) respecto al contexto europeo en que se ubica, pero también es el país de la autenticidad, de los valores profundos frente a un mundo

cada vez más uniforme y, por supuesto, la adelantada del anticomunismo en un mundo bipolar. Una especie de país quijotesco que no puede despacharse con el tópico de la dictadura arcaica, una nación que despierta la curiosidad del visitante y que al final deja un regusto agrisado que parece ser adictivo, como el placer ambivalente que el tabaco deja en el fumador.

Atendiendo a esas consideraciones se pueden contemplar varias vías de acercamiento al tema. Podríamos privilegiar la imagen institucional, utilizando las fuentes tradicionales para señalar la percepción desde fuera de la España franquista a partir de los documentos oficiales, fuentes diplomáticas, informes gubernamentales, etc. Aunque no hemos renunciado completamente a hacer alguna alusión en este sentido, nos parece un enfoque excesivamente restrictivo y, sobre todo, que no haría justicia a la complejidad de la España de esos cuarenta años: resulta obvio que la nación primero aislada y luego displicentemente mirada por sus vecinos y aliados arrojaría, atendiendo tan sólo a esta esfera, sus peores resultados.

La segunda posibilidad sería la de recoger el debate entre los especialistas extranjeros acerca de lo que fue y significó el franquismo y la España franquista. Hablando de historia, como estamos haciendo, esto supondría lanzar una mirada sobre la labor de otros colegas para trazar un balance de cómo se ha ido valorando esta etapa desde sus inicios hasta casi la actualidad en la historiografía extranjera y en el seno del hispanismo. Ésta es una óptica muy interesante, sin duda alguna, pero exigiría otras coordenadas, sin olvidar por otro lado que terminaría desembocando en el análisis del franquismo como régimen mucho más que en la caracterización del país en su conjunto.

La tercera alternativa consiste en hablar de la España franquista no exclusivamente como país sometido a una dictadura —aunque este aspecto es insoslayable y pesa en cualquier aproximación, sea del tipo que sea— sino como nación que sale de una guerra civil, que malvive asediada durante unos años y que trata de encontrar más tarde su lugar en el mundo con una especificidad que resulta llamativa por lo que tiene de contradictoria o chocante en su contexto: pervivencia de la tradición a la par de una modernización *sui generis*, emigración masiva y turismo de masas, etc. Una España que no es sólo la del dictador y su entorno, sino también la de quienes se oponen a él (trabajadores, estudiantes, periodistas, intelectuales) y de muchos más que callan por temor o conveniencia (lo que dio en llamarse mayoría silenciosa). Un país, por tanto, con luces y sombras, polifacético, difícil de aprehender con los esquemas reductores y preconcebidos. Ésta es la vertiente que

nos ha resultado más sugestiva, como se podrá comprobar en las páginas que siguen.

Cabría aún hablar de un cuarto enfoque, quizás el más estereotipado, el que corresponde a los signos y símbolos que se mantienen de la España profunda o «eterna», como los suele recoger la prensa y los medios de comunicación que no se plantean más que trasladar a sus lectores, ajenos o distanciados, los elementos más reconocibles de una España intemporal: Andalucía mora, toros, flamenco, sol y alegría. En la medida en que éstos no son símbolos específicos del franquismo, aunque el franquismo hizo indudablemente un uso político de ellos, no se privilegiará este acercamiento aunque, como en buena parte de las opciones aludidas, se hará mención de dichos asuntos en la medida en que sirvan para trazar un panorama más completo del período.

En función de lo apuntado, trataremos de dar en las páginas que siguen, sin ánimo de exhaustividad, por obvias razones de espacio, una serie de pinceladas de cómo se percibió la España franquista en el exterior; una cuestión, por otra parte, que está lejos de hallarse cerrada, pues las futuras valoraciones que se hagan del franquismo incidirán a posteriori en la imagen global de España en ese período. No hemos querido desechar ninguno de los posibles acercamientos al tema, con la pretensión de que finalmente esos accesos se complementen unos a otros. Entre el ordenamiento de esta exposición por etapas cronológicas o por zonas de percepción de la imagen de España (ámbito anglosajón, germano, hispanoamericano, etc.), la primera nos parece más interesante y significativa. Seguiremos pues un orden temporal, aunque no de un modo estricto o mecánico, y fundiremos ese recorrido con los temas preponderantes o representativos en cada momento.

El componente de rechazo o simpatía política al régimen no monopolizará nuestra atención, como ya se ha adelantado, pero tampoco puede orillarse sin más. Partiremos por tanto de las actitudes políticas, para adentrarnos seguidamente en los testimonios de primera mano, la de los viejos conocidos que regresan tras la guerra civil (Brenan, Graves) o la de aquellos que se acercan por vez primera, picados por la curiosidad o venciendo la inicial repugnancia en poner el pie en el solar de una dictadura. Nos referiremos brevemente a los elementos simbólicos con los que se sigue identificando a España en el exterior y terminaremos con unas breves referencias acerca de cómo se perciben los cambios que caracterizan a la España de los últimos años del franquismo: dicho en los términos que interesan a los forasteros, hasta qué punto el país se ha transformado radicalmente o, bajo el barniz de la modernización, sigue siendo... la España de siempre.

3. Cruel corrida de toros

Nuestro punto de partida ineluctable es la guerra civil. Franquistas y republicanos son juzgados de modo diametralmente distinto según la atalaya ideológica desde la que se les contemple, a menudo sin medias tintas: constituyen el bien y el mal en estado puro, pero de modo intercambiable, dependiendo de los supuestos previos del espectador foráneo. Allende los Pirineos parece que no importa tanto el análisis de un fenómeno complejo, profundamente enraizado en las circunstancias internas del primer tercio de siglo, cuanto la simplificación con los materiales preestablecidos de «lo español»: arrojo, heroísmo, anarquía, quijotismo, violencia extrema, culto a la muerte...² No debe extrañar por ello que resulte muy socorrida la comparación con la corrida de toros: «Son africanos de sangre ardiente, una raza fértil, compleja y ardiente: Españoles. Bajo sus máscaras pasajeras, ya sean rojas o azules, está siempre el rostro desnudo del español, lleno de pasión y fuego. Millares de hombres y de mujeres absortos en el combate, la lucha agónica del toro. Actualmente estamos en presencia de un combate similar, sólo que ahora éste ya no se da entre el toro y el hombre, sino entre hombres. Ya no hay corrida, sino guerra.»³

Una guerra civil no es un juego de niños, obviamente, pero lo que se enfatiza no es tanto la inevitable crueldad de la contienda cuanto la saña, la ferocidad con que los españoles dirimen sus diferencias, casi recreándose en la matanza. Así, el mayor Edmond Mahony, agregado militar británico en España, remite a sus superiores el 7 de noviembre de 1938 un informe reservado y confidencial en el que, además de algunas *perlas* sueltas como que «el español no es un hombre que se guíe por la razón», afirma lo siguiente: «La guerra civil forma parte de la tradición nacional; al igual que la corrida de toros, proporciona un dividiendo gratificante en forma de exaltación emocional. Por eso, la perspectiva de una prolongación indefinida de la guerra civil probablemente causa menos consternación entre la tropa y en España en general que la que suscita en el extranjero».⁴

Más que una fiereza derivada de la guerra parece que hay una violencia que brota de modo espontáneo en el suelo peninsular. Es con-

² Enric UCELAY DE CAL: «Ideas preconcebidas y estereotipos en la interpretación de la Guerra Civil española: el dorso de la solidaridad», *Historia Social*, 6, 1990, pp. 23-47.

³ Nikos KAZANTZAKIS: *España. Viva la muerte*, Madrid, 1977, p. 155.

⁴ Enrique MORADIELLOS: «El espejo distante: España en el hispanismo británico contemporáneo», en *Revista de Extremadura*, n.º 24, Cáceres, 1997, pp. 12-13.

gruente que la vesania se traslade de la trinchera a la retaguardia. Un escritor húngaro, Jozef Hollo, se detiene en especial en el «salvajismo» del bando republicano, el terror inimaginable de las turbas o de elementos bestiales que se escudan en la revolución para sus atroces crímenes. Tan sólo un párrafo como ejemplo, hablando de las actividades de los anarquistas: «Entre sus distracciones predilectas figuraba el quemar vivas a sus víctimas e imitar ejemplos de la antigua Roma. Su mayor deleite era la espectacularidad en estas crueldades y la contemplación de las convulsiones de los torturados. Monjas eran crucificadas, mientras ideaban fantásticos modos de violación. Asesinaban con la misma bestialidad a los sacerdotes. Llevaban por las calles sus cabezas cortadas y “proclamaban” sus delitos».⁵

Las mismas o parecidas barbaridades eran imputadas al sector auto-proclamado «nacional», dado que no cesaban de aplicarse sin muchos matices los clichés superpuestos de la España romántica y la leyenda negra, siempre adjudicando al bando ideológico adverso toda la negrura y reservando la mitificación para los próximos. En 1937 el poeta Stephen Spender proclama que Franco es la «reacción aristocrática y clerical». Un editorial de *The Daily Mail* de 28 de julio de 1936 decía por el contrario que el bando republicano reproducía «los más horribles excesos de la Revolución Soviética». Como poco, la guerra civil española se había convertido —son palabras de *The Times*— en el «espejo deformante en el que Europa contempla una imagen exagerada de sus propias divisiones».⁶

La tragedia de la guerra civil se convierte en tema literario, de modo que su recuerdo perdura mucho tiempo después gracias a la vívida recreación de poetas, narradores y novelistas, con predominio abrumador de los que toman partido por la «España legal», democrática y republicana en teoría, frente a la «bota fascista y clerical».⁷ Pero, más que esa pervivencia, nos interesa enfatizar ahora la percepción de que el encarnizamiento de la guerra civil se prolonga inmediatamente después en el sadismo del régimen. Antes incluso de que termine la guerra

⁵ Jozef HOLLO: *España vista por un escritor húngaro*, Buenos Aires, 1955, p. 112.

⁶ E. MORADIELLOS, *op. cit.*, pp. 22-23. Cf. también, del mismo autor, «El espejo deformante: las dimensiones internacionales de la guerra civil española», en *Revista de Extremadura*, n.º 21, Cáceres, 1996, p. 55. Planteamientos parecidos en «El Hispanismo y la historia contemporánea de España», *Historia Contemporánea*, n.º 20, Univ. del País Vasco, 2000, pp. 67-68.

⁷ M. BERTRAND: «La Guerra Civil española de 1936-1939: su recepción y percepción después del conflicto» en *La Historia de España en la literatura francesa. Una fascinación...*, Mercè Boixareu y Robin Lefere coordinadores, Madrid, 2002, pp. 669-684.

mundial, en mayo de 1943, se publica en México un folletito con fotografías comentadas, obra de dos reporteros de *March of Time*, agencia informativa norteamericana.

La primera de las fotografías, del interior de una prisión, tiene este pie de foto: «soldados del ejército republicano, prisioneros en la cárcel de Valencia, cuatro años después de acabada la guerra civil, formados para la celebración de la misa. A la mayor gloria de Dios...» La segunda es del patio de una cárcel, con este pie: «500.000 prisioneros quedan aún en las cárceles. Franco espera “reeducarlos”. Y para ello, después de una comida de arroz y agua, hacen gimnasia dibujando en vivo el yugo y las flechas...» Y así van desfilando sucesivamente huérfanos de guerra, mujeres adoctrinadas por monjas, niños escuálidos de visita en las prisiones donde están sus padres, curas colaboracionistas con la represión, presos realizando trabajos forzados...⁸ Una España tenebrosa, la de los vencidos, que contrasta con la pompa y prepotencia de las que hacen gala los vencedores. De ahí que pueda hablarse de un nuevo período negro en la historia de España, como en los tiempos de la Inquisición.

4. España negra. Franco, nuevo Felipe II

Derrotado el fascismo, la supervivencia de un régimen con las características autoritarias o seudofascistas del franquismo despierta el recelo o el rechazo de las potencias democráticas vencedoras en la contienda. Desde la perspectiva de los estereotipos, la condena sin paliativos del régimen franquista se insertaba además muy cómodamente en una tradición interpretativa fuertemente arraigada, la de la excepcionalidad negativa de España, como representación del fanatismo oscurantista y el despotismo decadente, o sea, la España negra de Felipe II y Torquemada, de la que Franco sería ahora tan sólo una actualización.

Thomas J. Hamilton, corresponsal del *New York Times* en España durante dos años (desde agosto de 1939), es testigo de excepción de una España que sale de la guerra civil y de un mundo que entra en la Segunda Guerra Mundial. Su postura es la de un antifranquista furibundo, pero sus demoledores análisis políticos no le impiden una percepción bastante mesurada de la vida española del momento. Para empezar, no puede ser más significativa la larga cita que abre su volumen, tomada del célebre *Gatherings from Spain* de Richard Ford, escrito —re-

⁸ *La España franquista vista por dentro*, México, 1943.

cordemos— nada menos que en 1846. Es el famoso párrafo que dice: «La causa real y permanente de la decadencia de España, de la falta de cultivo y de la tristeza y miseria, es el MAL GOBIERNO»... Es obvio que, pese a que escribe un siglo después, Hamilton comparte el viejo diagnóstico de Ford sobre el país ibérico.

No vamos a entrar en el análisis político del libro en cuestión —baste consignar que se despide en las páginas finales ansiando que llegue pronto para España «el día de la liberación»— sino a subrayar que Hamilton da cabida a lo que llama apuntes de vida diaria que, en algunos casos, resultan muy elocuentes: la realidad de España, dice, no era del todo trágica. A pesar de la «situación desesperada» del país, «los madrileños seguían pasándose horas y horas en los cafés, explicando a todo el quisiera oírles (incluso a la policía secreta) cuáles eran los defectos del régimen y lo bien que irían las cosas si se les permitiera gobernar a ellos». La vida podía ser difícil, pero, desde luego, nunca aburrida. Por el contrario, la capital era muy divertida, y el corresponsal habla de chistes, copas, corridas y flamenco.⁹ Claro que, como se trata de un testigo concienciado, se ve en la obligación de aclarar que «en la superficie la vida parecía muy alegre», sin que él pareciera compartir esa alegría o, al menos, resistiéndose a ella por las razones adelantadas.

Resulta sorprendente en cualquier caso el apunte de que «la guerra civil había producido muy pocos cambios en la vida social y en las costumbres», pese a la censura y las cortapisas que dictaban la moral y la decencia oficiales.¹⁰ Estos brochazos que parecen contradictorios pueden quizás explicarse porque el autor, en consonancia con la cita de Ford, se mueve entre el desprecio al régimen y la admiración hacia el pueblo español, de manera que no se sabe si en la imagen finalmente resultante de España pesará más el aspecto positivo del pueblo o el negativo del sistema político. Esta ambivalencia está presente al hablar de las relaciones del franquismo con la Alemania nazi: «Si España no fuera tan difícil de manejar, ya hace tiempo que Hitler hubiera entrado en ella sin esperar a que Franco diera la señal».¹¹

Muy interesante es también el testimonio de Tom Burns, obtenido por vía familiar (su padre era un alto cargo de la representación británica en el Madrid inmediatamente posterior a la guerra civil). Para Burns el embajador, Samuel Hoare, un conservador de la vieja escuela, «un

⁹ Thomas J. HAMILTON: *La España de Franco*, México, 1943, pp. 223-234.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 235-240.

¹¹ *Ibidem*, p. 273.

hombre abstemio, estrecho y gris, lleno de tics protestantes e imbuido de la leyenda negra de España, se sentía incómodo en su puesto». Pero lo más revelador es el paralelismo que encuentra entre el fastidio de Hoare y el que le causaba España a Wellington, más de un siglo atrás. Ambos se reconocen en una cita de este último: «No existe ningún país en Europa donde el extranjero pueda intervenir con tan poca ventaja como en España. No existe ningún país donde los extranjeros sean tan poco queridos y hasta despreciados y donde las maneras y los hábitos congenien tan poco con los del resto de Europa».¹²

Sin alejarnos del momento histórico —son los años de la Segunda Guerra Mundial— tendríamos que subrayar el contraste de esta actitud con la del embajador de EE.UU., Carlton J. H. Hayes, historiador, hispanista y católico, al que Burns considera buen conocedor del temperamento hispano y, por ello mismo, escéptico ante la posibilidad de que en España arraigara un fascismo en sentido estricto. Los españoles, escribió Hayes en sus memorias, son por tradición y temperamento «instintiva y obstinadamente reacios a cualquier clase de gregarismo tal como el de la Alemania nazi o el de la Rusia comunista». El fascismo en España, sigue diciendo, no pasará nunca de ser «un artificio postizo del gobierno».¹³

Abel Plenn, «agregado de prensa a la Embajada de los Estados Unidos en Madrid», publica en 1947 un libro militantemente antifranquista. La España de Franco es el país de la pobreza y el terror tras una contienda cruel y, sobre todo, una tierra sometida a la barbarie: «Por lo menos el ochenta y cinco por ciento de la población española, según cálculos de los más ponderados observadores, estaba contra el régimen».¹⁴ Dice en el epílogo que «España es una espada». ¿En qué sentido? España, además de estar atenazada por un mal tiránico, o precisamente por eso mismo, es una amenaza «dirigida directamente contra el corazón de Norteamérica». Nada menos que... «España se está convirtiendo rápidamente en el trampolín para una tercera guerra mundial, una guerra en la que, en unas cuantas semanas, pueden perecer los restos de la civilización y tal vez la humanidad misma».¹⁵ Resulta cuando menos curiosa esta alarmista percepción de la España franquista como gravísimo peligro para el mundo libre.

¹² Tom BURNS MARAÑÓN: *Hispanomanía*, Barcelona, 2000, p. 28.

¹³ *Ibidem*, p. 32.

¹⁴ Abel PLENN: *Viento en los olivares: la España de Franco vista por dentro*, México, 1947, pp. 218-219.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 255 y 266.

Otra norteamericana, Barbara Probst Salomon, llega a Madrid en 1948 con el propósito de facilitar la fuga del Valle de los Caídos de dos jóvenes presos, Nicolás Sánchez-Albornoz y Manuel Lamana. Su visión es muy crítica contra la izquierda internacional que ha dejado abandonados a su suerte a los combatientes españoles: «Cuando nosotras llegamos a Madrid, en agosto de 1948, la situación era de pesadilla. Las prisiones estaban llenas». Los extranjeros «que habían simpatizado con el bando republicano hicieron sencillamente lo peor que podían haber hecho: boicotearon individualmente a España». Madrid estaba aislada de todos, «herméticamente precintada» de los aires extranjeros, era «una ciudad prisión».¹⁶

«Sin extranjeros en Madrid, las detenciones se practicaban en silencio, la gente moría calladamente, y la gente se sentía asfixiada, igualmente en silencio, por la falta de contacto». La España de Franco, argumenta, no es sólo la España de los franquistas: «Jamás llegué a convencer a nadie de que en Madrid vivía alguien más que los falangistas», que había gentes de izquierda deseando algún contacto con el exterior, alguna forma de apoyo... Los norteamericanos con los que discutía argumentaban que no iban a dejar pesetas en la España de Franco y «para que sus conciencias siguieran siendo puras y la guerra civil española quedase eternamente como la noble causa, la Gran Causa de su juventud, era mejor dejar que la izquierda española muriese en silencio». Esta España, y Madrid como su escaparate, era un país sin dinero, comida, bullicio, televisión, coches o espectáculos, pero también «cuántos más duros eran los tiempos, más estafalario era el humor y más desbocada la imaginación».¹⁷

5. La intrahistoria de España

Vuelve Gerald Brenan y recorre la península en 1949. Reconoce de partida el prejuicio contra la «España de Franco» («hemos estado insultándola en el Parlamento y en la Prensa durante muchos años»), compatible todo ello con el simple desconocimiento («pocos ingleses tienen una idea precisa de lo que es vivir en ella»). El cuadro en general de la vida española bajo Franco «es deprimente». España es «un país cuyo camino, no diré a la prosperidad, sino simplemente a unas condiciones humanamente tolerables, se halla bloqueado».¹⁸

¹⁶ Barbara PROBST Salomon: *Los felices cuarenta*, Barcelona, 1999, pp. 120-121.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 121-122.

¹⁸ Gerald BRENAN: *La faz de España*, Barcelona, 1985, pp. 9-10.

La Falange, dice Brenan, cuando estaba en su momento culminante, aunque fascista y cruel, no dejaba de tener ribetes idealistas. Pero eso fue durante la guerra: «Hoy en día la Falange es un cuerpo de hombres que se aferran al poder debido a que temen perder sus empleos, pero que se sienten avergonzados de sí mismos». Y, sin embargo, tras la epidermis política queda la carne auténtica. La España de Franco, pese a todas sus lacras, es también inevitablemente la España de siempre: «Los españoles son una gente notable, y su país es uno de los más hermosos del mundo». Es la otra cara de Inglaterra. «El viaje es fácil y agradable, los hoteles son excelentes, la comida en ellos es abundante y buena, y los precios en moneda inglesa son razonables». El inglés hallará «en todas partes gentileza y hospitalidad, e incluso los falangistas (...) nos sonreirán». El país y la gente han cambiado poco en el fondo, sigue siendo la misma España anterior a la guerra civil: un país «que no tiene parangón con ningún otro. Un agudo, penetrante, *agridulce* rasgo, a la vez duro y nostálgico como su música de guitarra, que nadie que lo haya oído una vez olvidará nunca».¹⁹

A lo largo del libro Brenan deja que se expresen, cada cual según sus ideas, muchos españoles de a pie. La España que emerge es pobre, con las heridas de la guerra a flor de piel, pero también atractiva y seductora dentro de la aspereza del paisaje y el clima. Curiosamente, después de un recorrido tan lleno de datos concretos, Brenan termina haciendo unas meditaciones sobre el «alma española», que resulta ser de carácter dual, como el día y la noche. Según esa interpretación «el español diurno» es sociable, positivo, animado, mientras que «el lado nocturno» muestra su «menosprecio de la vida». Los españoles, en efecto, dice, «son grandes destructores», quizás debido a su orgullo o a su propensión al «todo o nada».²⁰

También Graves vuelve, en este caso a su querido Deià, en 1946. Su visión es que España, y mucho más Mallorca, que es el lugar del que habla casi exclusivamente, es siempre la misma, por encima o por debajo de los regímenes políticos.²¹ Graves menciona explícitamente lo que adivinamos en otros autores extranjeros: al foráneo se le permiten cosas que al español le están vedadas. Las autoridades en cualesquiera de sus niveles, desde las ministeriales a la Guardia Civil, tienen orden expresa de no molestarles.²² Todo eso lo escribe Graves en 1953, antes

¹⁹ *Ibidem*, pp. 14-15.

²⁰ *Ibidem*, pp. 211-212.

²¹ Robert GRAVES: *Por qué vivo en Mallorca*, Palma, 1997, p. 23.

²² *Ibidem*, p. 36.

de la invasión turística, cuando su pueblecito mallorquín le parece lo más semejante al paraíso perdido.

Algo más explícito sobre la España de la época es su hijo mayor, William Graves, que narra la vida cotidiana de la familia del escritor en Mallorca, diciendo también claramente que la mejor manera de disfrutar todo lo que un extranjero encontraba en Mallorca —¡que no era poco!— era despreocuparse de los asuntos que no le incumbían y vivir la vida, o sea, no meterse en política. En los años cincuenta, incluso, en parte como resultado del turismo, se respiraba en la isla una «relativa libertad política».²³ La resultante de todo ello es pues una España apacible y entrañable en su primitivismo, lugar ideal para turistas que no quieren serlo, refugio para los que huyen del mundanal ruido y desean un clima benigno, sin masificaciones y con precios irrisorios. Ese panorama idílico empieza a cambiar aceleradamente en los años sesenta, apunta Graves. Tendremos ocasión de comprobar cómo juzgan esos cambios los extranjeros, pero eso será más adelante.

Seguimos en los años cincuenta. Otro escritor inglés, V. S. Pritchett, visita España, entre 1951 y 1952. De acuerdo con el título de su libro, lo que a él parece interesarle es la España permanente, la que va más allá de las modas y formas políticas. Busca una esencia hispana, un tipo de hombre como «carácter» o arquetipo. Bucea para ello en los ritos colectivos y en las costumbres, en el lenguaje y en el urbanismo. Ello no quiere decir que no hable de Franco y de los cambios producidos con su régimen, pero de una forma peculiar, no directamente política, más bien en su reflejo en la vida cotidiana: la megalomanía arquitectónica de dudoso gusto, la pobreza generalizada, el bajo nivel de vida, el pluriempleo, el amordazamiento y la censura que llevan al lamento en voz baja... «La vida intelectual está ciertamente eclipsada», la censura política y eclesiástica se notan a cada paso...²⁴ La miseria del campesino ha llevado a una emigración masiva a las ciudades...

Y, sin embargo, también se perciben síntomas de cambio en otra dirección: a pesar de quienes triunfaron en la guerra civil, se nota que las muchachas españolas «están experimentando una tardía y relativa emancipación». Por encima de todo, lo que se impone es la evidencia de un país pobre arruinado por la guerra fratricida y siglos de hambre, que intenta hacer esfuerzos para cambiar ese estado de cosas.²⁵ Un país

²³ William GRAVES: *Bajo la sombra del olivo. La Mallorca de Robert Graves*, Palma, 1997, p. 128.

²⁴ V. S. PRITCHETT: *The Spanish Temper*, Londres, 1954, pp. 95-97.

²⁵ *Ibidem*, pp. 87-89.

que se ve privado de buena parte de su capital intelectual debido al exilio de los antifranquistas. Aunque el autor es muy crítico con Franco y su régimen, no deja de reconocer que el jefe del Estado es un «convencional soldado-dictador del tipo que ha aparecido regularmente en la vida española desde las guerras napoleónicas».

El problema no es tanto, llegados a ese punto, la especificidad del régimen franquista o la personalidad del dictador, como la esencia del país, marcado por tres fuerzas permanentes, la Iglesia, el Ejército y el pueblo. En particular este último es capaz de estar durante largos períodos «resignado, dócil, tranquilo y fatalista», pero cuando menos se espera puede alcanzar una ferocidad espontánea incalculable.²⁶ Por cierto, si una imagen vale a veces por muchas páginas, la foto de portada en blanco y negro de la edición inglesa es todo un poema: por una calle sin asfaltar caminan una mujer con un bebé en brazos, seguida por dos niñas con grandes bolsas. Una imagen de atraso, pobreza y desamparo.

Bajo la capa epidérmica de la política, Marguerite Yourcenar encuentra una España intemporal. No deja de aludir a la sangre todavía fresca de García Lorca a su paso por Granada, pero lo que a ella le interesa es el corazón del país, el latido de la tierra, el ser profundo de sus habitantes que se expresa en el arte, en la religión, en las formas de vida. Unos hombres y mujeres en los que puede rastrearse las huellas de siglos, el aporte de varias civilizaciones, todo eso que configura al final una nación extraña, atractiva, misteriosa. «Y empezamos a comprender lo que nos conmueve de ese país, y que a veces nos sobrecoge: el contacto directo con la realidad, el peso bruto del objeto, la emoción o la sensación fuerte y simple, antigua y siempre nueva, dura y dulce como la cáscara o como la pulpa de un fruto.» Un suelo impresionante en su desnudez, porque «la vida late en él como la sangre en una arteria».²⁷

6. Etnología ibérica

Quien mejor representa la imagen de un nuevo Brenan, con todo lo que ello implica, es Norman Lewis, que pasa tres temporadas a lo largo de los años cuarenta en un pequeño pueblo de la Costa Brava, dedicándose a las faenas de pesca y conviviendo con los habitantes del enclave como si fuera un antropólogo entre los miembros de una tribu primiti-

²⁶ *Ibidem*, pp. 105-106.

²⁷ Marguerite YOURCENAR: «Andalucía o las Hespérides» (1950), en *El tiempo, gran escultor*, Madrid, 1989, pp. 188-189.

va. De hecho, reconoce en el prefacio que viene a España porque tiene la seguridad de que aquí se puede encontrar el pasado «embalsamado». En su inclasificable relato, uno de los personajes recurrentes es el curandero, el ritual de caminar sobre el fuego la noche de San Juan adquiere categoría de símbolo digno de un estudio antropológico, y algún miembro de la comunidad (un tal Pujols) adquiere un halo de prestigio por su «extraordinaria potencia sexual», atribuida a que sólo se alimentaba «de cangrejos crudos».²⁸

Personajes, en definitiva, que dejan boquiabierto al hombre convencionalmente moderno. Se mencionan hasta casos de brujería y no faltan, como es fácil adivinar, escenas sangrientas en la vida cotidiana, derivadas a veces de un trabajo primitivo o insertas en fiestas no menos ancestrales, como matar a un buey abrasándolo con fuego, pero con una protección de hierro, con el fin de que el tormento del animal dure lo más posible. Sin necesidad de incidir en los aspectos más truculentos, bastaría tan sólo la descripción de los andenes de la estación del pueblo para comprender lo que el autor quiere transmitirnos: allí, en ese apeadero, se concentra muy a menudo la gente del lugar, no porque tenga intención de viajar, sino tan sólo «por la emoción de ver entrar y salir los trenes».²⁹ En fin, un mundo de sencillez e ingenuidad llamado a la extinción por el avasallador empuje del llamado progreso.

El episodio de la carnicería no tiene desperdicio en este último sentido y merece ser transcrito tal cual: «La carnicería había sido sometida a una reforma espectacular. No quedaba ni el menor rastro de las antiguas manchas de sangre, de las flores en tarros de mermelada, ni de la artística exhibición de menudillos, entrañas y cabezas cercenadas adornadas con rizos de papel. Ahora tenía un aspecto tan impersonal como el de una oficina de recaudación de impuestos. Los clientes ya no entraban a hurtadillas cargando paquetes secretos con los que sobornar a la mujer del carnicero, sino que guardaban un turno riguroso para que un joven displicente, con bata de cirujano y bien cuidadas manos, les sirviera la carne conservada en una cámara frigorífica. El olor a carne no era sino un recuerdo, ahora sustituido por el de un desinfectante perfumado llamado *Floralía*.»³⁰

Más conocido aún, en una esfera parecida, es el testimonio de Julian Pitt-Rivers, sobre todo porque el libro resultante de su experiencia

²⁸ Norman LEWIS: *Voces del viejo mar*, Madrid, 1992, p. 205.

²⁹ *Ibidem*, pp. 212 y 242.

³⁰ *Ibidem*, p. 257.

antropológica en un pequeño pueblo andaluz, Grazalema, alcanzó gran fama dentro y fuera de nuestro país. La investigación de campo se realizó entre 1949 y 1952, y la primera publicación de la obra es de 1952. ¿En qué medida un estudio de estas características puede servir como un ingrediente más para elaborar la imagen de la España franquista desde el extranjero?

Simplemente el hecho de que tuviera lugar una investigación de esta índole es ya suficientemente indicativo del nivel en que se situaba al país, una tierra donde aún existían comunidades peculiares, con sus propias leyes no escritas o con un sistema de valores autóctono, en las que podía realizarse un estudio etnológico —a mediados del siglo xx— como si estuviésemos hablando de una tribu del corazón de África o una aldea de un desierto australiano. Pero sin meternos, porque no nos compete, en el fondo del asunto, merecen destacarse algunas ideas del autor que no necesitan comentario alguno: «los andaluces son los más consumados embusteros que yo nunca haya encontrado». «El bandolero es un personaje tradicional y pintoresco en Andalucía». El gitano «se ha convertido en el símbolo de la vida alegre, no sólo por la gracia y la sabiduría de las mujeres gitanas sino también por su reconocida falta de vergüenza».³¹

En fin, añádanse —ya se sabe— hechiceros, curanderos, contrabandistas, parteras, etc., para conformar la imagen consiguiente, una España primitiva, obviamente, que es como es porque en el fondo, pese a cambios aparentes o modernizaciones superficiales, sigue siendo esencialmente la misma: «los valores fundamentales de la sociedad andaluza persisten». Más aún: «Ellos dan a Andalucía su continuidad histórica, la marca de su carácter».³²

7. Bastión contra el comunismo

No vamos a entrar en lo sobradamente conocido, el nuevo y enrarecido ambiente que se respira en el tablero internacional casi inmediatamente después de concluida la guerra mundial. Derrotado el fascismo y, sobre todo, conjurado el pavoroso peligro de la Alemania nazi, se dibuja un panorama que sólo puede llamarse pacífico si se le compara con el angustioso trance bélico del período que se acaba de dejar atrás.

³¹ Julián PITT-RIVERS: *Un pueblo de la sierra: Grazalema* [1954], Madrid, 1989, pp. 32, 197 y 205.

³² *Ibidem*, p. 237.

Hablar de guerra fría, al fin y al cabo, no deja de ser un eufemismo para pasar por alto los numerosos conflictos calientes que tienen lugar en las más diversas zonas del planeta. Ni siquiera ese régimen pseudo-fascista que se esconde, que pretende no llamar la atención para que no caigan sobre él las iras de los aliados, ni siquiera el franquismo —en una palabra— puede permanecer al margen.

Frente a las iniciales previsiones, sin embargo, los nuevos aires internacionales se convertirán en un balón de oxígeno para un sistema que corría el riesgo de tener sus días contados: en definitiva, España pasa en un breve plazo de concitar la hostilidad declarada de las potencias democráticas como filonazi a la «comprensión» del amigo americano y a su reajuste como «país aliado», aunque fuera de segundo orden.³³ La nueva situación afecta también, como no podía ser menos, a la imagen internacional y nuestros visitantes no pueden por menos que reconocerlo. Frente a aquella percepción de la España retrógrada, ¿no será, por el contrario, España el país que con más clarividencia supo atisbar el peligro comunista?

Madrid, 1950. Rognedov, un ruso antibolchevique al que le gusta presentarse como norteamericano de pura cepa, considera que «bajo cualquier régimen político, el español es el hombre más libre del mundo, y siempre lo será, pues, para él, una cita con la mujer querida, o una paella bien preparada, o un libro, cuando lo desea, tiene mucha más importancia que la perfección de los ferrocarriles».³⁴ He aquí una visión no ya conservadora y tradicional, sino reivindicativa de lo español, en la medida en que España representa el mundo como Dios manda, ordenado y seguro, todo eso que es injustamente despreciado o calumniado en los países «modernos».

De hecho, España hizo el «más importante descubrimiento» de nuestro siglo, el de señalar al mundo «la amenaza de la esclavitud que procedía de Oriente. E hizo algo más: dio la sangre de sus mejores hijos para combatirla. Gracias a su esfuerzo, un rincón de Europa quedó inmunizado contra el cáncer que devora a la Humanidad y que amenaza con llegar también hasta nuestro continente».³⁵ En consonancia con esas apreciaciones, el autor confiesa en las últimas páginas que pondrá todo su empeño en procurar el acercamiento de «su país» —se refiere a EE.UU.— a esta nación europea tan injustamente tratada.

³³ Juan Carlos Pereira Castañares: *Historia y Presente de la Guerra Fría*, Madrid, 1989, pp. 91-96.

³⁴ Alejandro ROGNEDOV: *Cartas de un yanqui viajando por España*, Madrid, 1951, p. 24.

³⁵ *Ibidem*, p. 68.

En el año 1954 recorre España el puertorriqueño Roberto H. Todd, Jr., un alto cargo de la administración judicial en su país. Su visión es amable, sin meterse en problemas: «No importa la opinión particular que pueda cualquiera tener del sistema de gobierno imperante en España, y a mi ver eso toca resolverlo exclusivamente a los españoles, hay que reconocer paladinamente que el progreso alcanzado en Madrid y en toda España después de la guerra civil, sin ayuda de nadie y más bien con la inquina de muchos, es digno de admiración. Honor a quien honor merece».³⁶

En 1956 el autor vuelve a España e insiste en el tono encomiástico, para terminar con esta valoración general: «la nación española va progresando en todos los órdenes, reponiéndose del desastre de su guerra civil y del aislamiento internacional en que se la tuvo durante varios años, política equivocada que ha tenido que ser forzosamente rectificada con la admisión de España como miembro de las Naciones Unidas. Y no tardará mucho en ser invitada a ingresar en la OTAN, como debe serlo, pues la defensa de Europa contra el comunismo, sin contar con España, sería un fracaso. Los Estados Unidos, nuestra nación, dándose buena cuenta del error en que había incurrido anteriormente, supo rectificar y ha firmado amplios tratados de ayuda militar y económica con España»...³⁷

Avancemos unos años y situémonos en la segunda mitad de la década de los sesenta para comprobar que esa línea de análisis y percepción del papel que puede desempeñar España en el nuevo orden no sólo no desaparece, sino que va intensificándose con el tiempo y la marcha de los acontecimientos internacionales. Brian Crozier es un periodista e historiador que trabaja entre los años de 1965 y 1967 en una biografía que, como mínimo, puede caracterizarse como justificatoria del papel desempeñado por Franco «en la historia». La manera en que el escritor refleja su cambio de mentalidad con respecto al franquismo es significativa e incluso representativa del giro político de otros muchos observadores a mediados de los años sesenta.

Su punto de partida, como el de tantos otros, es un antifascismo radical en el contexto de la guerra civil. «El libro de Arthur Koestler *Spanish Testament* me había ilustrado sobre las atrocidades de los nacionalistas españoles». Éstos «se parecían a los nazis, que les estaban ayudando. Corrían, por supuesto, historias de atrocidades cometidas por los republicanos. Pero había que desestimarlas automáticamente,

³⁶ Roberto H. TODD JR.: *Viajando por Europa*. Madrid, 1957, p. 33.

³⁷ *Ibidem*, p. 156.

ya que los republicanos eran demócratas, como los ingleses y los franceses, y los demócratas no hacen esas cosas». Después de eso la vida da muchas vueltas —y así, entre ellas, se desvela que Koestler era un agente del Komintern— y el autor visita España en varias ocasiones, desde 1955, para terminar descubriendo «que el régimen de Franco —aunque no fuera de mi gusto— no era en absoluto tan negro como yo creía». En realidad, líneas más adelante, se reconoce que «mis sentimientos hacia Franco fueron pasando de la antipatía a una renuente admiración», aunque (o precisamente por eso) una de las pocas cosas «que tenemos en común es que ambos detestamos el comunismo».³⁸

En efecto, en el volumen segundo de su obra, tras el recorrido biográfico, se detiene Crozier en un balance que no se recata en apelar en última instancia a la España eterna para justificar los «fallos» de Franco. Un hecho incontrovertible, dice, es que existía «un peligro comunista en España antes de la guerra civil y un peligro mucho mayor una vez iniciada». Por ello, «un triunfo republicano en la guerra civil —o un triunfo nacionalista bajo una dirección menos hábil que la de Franco— habría sido desastroso para Occidente». Las democracias tienen una deuda de gratitud con este régimen. Ciertamente que no es una democracia intachable, pero tampoco es el opresivo régimen dictatorial que pretenden sus enemigos. No olvidemos, en fin, que algunos de los males que se atribuyen a Franco —su actitud dura y vengativa— son actitudes típicamente españolas, tanto en la derecha como en la izquierda: «El español es un pueblo sumamente maniqueo, especialmente mal dotado para la democracia (aunque esto puede cambiar con la educación y la abundancia)».³⁹

8. Muerte en la tarde

En 1959 Hemingway vino otra vez a España, por encargo de la revista *Life*, para cubrir una serie de corridas, mano a mano, entre los dos mejores toreros del momento, Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín. El reportaje se publicó poco después en forma de libro. Es un volumen que tiene poco interés, salvo que uno sea aficionado a los toros, pues de eso casi exclusivamente es de lo que trata el escritor norteamericano. No obstante, entre corrida y corrida, se deslizan algunas pinceladas sobre el país que Hemingway tan bien conoció y amó, y eso es lo

³⁸ Brian CROZIER: *Franco, Historia y Biografía*, Madrid, 1970, vol. I, pp. 18-21.

³⁹ *Ibidem*, vol. II, pp. 311-313.

que aquí nos interesa. El arranque de la obra corresponde a un viaje anterior, en 1953, el primero tras la guerra, y, como para tantos antifascistas, el escritor consigna que lo prioritario para él en el momento inicial era vencer la repugnancia en poner el pie en la España de Franco, un país donde aún estaban encarcelados algunos de los combatientes de la guerra civil.⁴⁰

La España que aparece en las páginas del novelista es un país de toros y corridas, de juego con la muerte, de paradas en el camino para comer platos contundentes y vino áspero, de paisajes secos y desnudos. Es, sobre todo, una España masculina, casi machista, como se pone de relieve al llegar a Pamplona: «Pamplona no es un lugar adecuado para que uno vaya con su esposa (...) Es una *fiesta* de hombres y en ella las mujeres crean complicaciones, sin que se lo propongan, desde luego, pero al fin y al cabo complicaciones». Esa fiesta, dice, consiste en beber vino «durante todo el día y toda la noche», bailar con desconocidos, aceptar de buen grado el ruido, la música y los escándalos, y hasta considerar «razonable que te puedan matar los toros por puro gusto». Por supuesto, se incluye en el lote el polvo, el desorden, las comidas a deshora y privarse de dormir.⁴¹ Con Franco o sin Franco, he aquí la España de Hemingway en estado puro.

Aunque la mención a Hemingway, hablando de toros, era casi obligada, no está de más recordar que no hay libro sobre «la realidad de España» que no dedique un apartado específico, más o menos amplio, a las corridas. Citamos tan sólo dos casos más. En *Introducing Spain*, original de 1953, revisada en 1967, Cedric Salter dedica un capítulo entero a «The bull fight»,⁴² advirtiendo que no se trata de un deporte, sino de lo más parecido al espectáculo de los cristianos devorados por los leones. En la más pura ortodoxia del objetivismo anglosajón, Salter intenta informar: ¿Es un espectáculo cruel? «Para nosotros, sí. Para los españoles, no».⁴³

Por unas fechas en parte coincidentes (1950, primera edición; 1953, tercera) escribe Sacheverell Sitwell, que se muestra, en cambio, mucho más entusiasta: «No hay otra sensación en el mundo como la llegada a una corrida de toros». Habla de excitación de sangre y de nervios.⁴⁴ Dedicar después una referencia afectuosa a Manolete, con fotos inclui-

⁴⁰ Ernest HEMINGWAY: *El verano peligroso*, Barcelona, 1986, p. 31.

⁴¹ *Ibidem*, p. 131.

⁴² Cedric SALTER: *Introducing Spain*, Londres, 1967, pp. 87-105.

⁴³ *Ibidem*, p. 92.

⁴⁴ Sacheverell SITWELL: *Spain*, Londres, 1950, p. 122.

das, señalando que desde su muerte, no ha surgido matador que le sustituya, sobre todo en la manera elegante de pisar el ruedo. Es importante señalar que el libro de Sitwell pretende ser un retrato casi intemporal de España, absolutamente apolítico, producto de sus viajes por la península desde 1917 a 1948, razón de más para que destaque la fiesta nacional —no sólo por las referencias textuales sino también por las ilustraciones— como una de las principales señas de identidad del carácter español. Y cuando se menciona esto último no es para tomarlo a broma, porque «no hay país en el mundo con tanta personalidad». Un detalle más: no hay celebración importante sin su vertiente religiosa —procesiones— y profana —la corrida—, como menciona al hablar de Murcia.⁴⁵

9. España... es diferente

Bien avanzada la década de los años sesenta, es un tópico decir que la realidad se impone, que España es «otra»: los extranjeros dejan constancia de esta transformación de forma abrumadora. Aquellos que habían visitado el país en los lustros anteriores, sobre todo, no se cansan de exteriorizar su sorpresa. Por la paz de Franco o pese al franquismo, España está cambiando vertiginosamente, para bien según algunos, para mal según quienes consideran que lo ideal hubiese sido que el país se mantuviera anclado en la historia, preservando su autenticidad y sus tradiciones. Los prejuicios y las ideas políticas preconcebidas se estrellan con una realidad difícil de describir en términos simples. Algunos, directamente, manifiestan su asombro y su desconcierto sin el más mínimo recato.

Una de las autoras que hemos citado anteriormente, Barbara Probst Salomon, vuelve a España en 1968 y ya no puede reconocer el Madrid de los años cuarenta. En esta ciudad diferente por tantos conceptos, se mueven como peces en el agua intelectuales e izquierdistas de toda laya, y las agitaciones, huelgas y conflictos diversos están a la orden del día... En la Facultad de Filosofía de la Ciudad Universitaria observa una bandera con la inscripción «LA FACULTAD DE FILOSOFÍA OCUPADA POR LA COMUNA DE MADRID». La policía apalea a los universitarios... «Madrid era una mezcla mareante, una ciudad donde el deshielo “liberal” —intelectuales hablando libremente en los cafés, libros marxistas-leninistas expuestos abiertamente en la feria del li-

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 111 y 128.

bro— alcanzaba su apogeo y, al mismo tiempo, quedaban algunas bolsas de severa represión».⁴⁶ La autora, desconcertada, no llega a sacar ninguna conclusión, más allá de esas pinceladas contradictorias.

Desde mi punto de vista, el libro más representativo de las paradojas y sorpresas que podía deparar aquel país en ebullición al observador foráneo es el grueso volumen del norteamericano James A. Michener. Por lo pronto, el autor deja constancia de la dificultad para entender España. Si antes se aludía al tópico del cambio acelerado de los años sesenta, aún más fuerza tendrá el cliché, utilizado dentro y fuera de nuestras fronteras, de la «diferencia» española. En este caso, como podrá comprobarse, con algunos matices peculiares.

Escribe Michener: «En 1966, fui de nuevo a Madrid como turista, con intención de pasar una larga temporada durante la cual abrigaba la esperanza de aclarar mis ideas sobre la política española». España era «una teocracia; yo había vivido en Israel y Pakistán, que también eran teocracias, y los problemas de los Gobiernos de este tipo tienden a ser los mismos, ya sea la teocracia judaica, musulmana o católica. España era, además, una dictadura, y yo acababa de regresar de una visita a la Unión Soviética, lo que me permitía comprobar lo que ocurría en la tiranía relativamente suave de España con una dictadura opresiva como la rusa». Siguen las comparaciones, ahora con Japón: «De hecho, yo diría que España era el Japón de Europa», por lo que tiene de feudal, ritual, cerrado, conservador y sentido del honor.⁴⁷

Buen conocedor del país en momentos distintos, Michener no adopta la perspectiva del visitante suficiente y altivo, sino todo lo contrario, el punto de vista de un extranjero capaz de asombrarse ante cualquier cosa y capaz también de aprender de todo o, dicho de otra manera, con una curiosidad insaciable y una gran flexibilidad para dar cabida a las opiniones y planteamientos más dispares. Volviendo a la vertiente antes mencionada, lo más determinante de la obra de Michener es el hincapié que con frecuencia hace en el conjunto de cambios de todo tipo (sociales, políticos, urbanísticos, familiares y de costumbres) que han tenido lugar a lo largo de los años cincuenta y sesenta. Establece una lista comparativa entre los rasgos de la España de «entonces» y la de «ahora» (en el momento en que él escribe), y el resultado no puede ser más espectacular, se mire por donde se mire. Hasta en la libertad de prensa. ¿Se mantendrá todo este progreso? ¿Cómo evolucionará el país? Mi-

⁴⁶ Barbara PROBST SALOMON, *op. cit.*, pp. 289 y 319-321.

⁴⁷ James A. MICHENER: *Iberia. Viajes y reflexiones sobre España*. Barcelona, 1971, pp. 402-403.

chener transcribe las impresiones más diversas sin tomar partido de modo claro.

Lo suyo son más bien reflexiones a partir de acontecimientos, situaciones o lugares. No obstante, no deja de consignar su sorpresa por la pervivencia de un sentimiento monárquico muy extendido en España, sin que falte por otro lado el tópico, puesto en boca de algunos interlocutores, de que «España es muy difícil de gobernar». Tras dar cabida a opiniones variopintas, Michener consigna la de un industrial de Barcelona, que es la que más se acerca a su propia valoración: cuando muera Franco «habrá inquietud esporádica, que el Ejército neutralizará. Entonces habrá una dictadura militar hasta que los ánimos se calmen..., seis meses o así..., y a esto seguirá una tranquilidad general y una vuelta al sistema que hemos tenido durante los últimos quince años. Me figuro que elegirán al joven Juan Carlos como rey. Finalmente iremos derivando hacia una liberalización gradual hasta desembocar en un sistema semejante al de Italia».⁴⁸ Se supone que esta opinión data de 1967.

Vamos a terminar con una obra escrita también a mediados de los sesenta pero revisada a finales de los setenta, lo que permite a su autora (Jan Morris) establecer un análisis comparativo con un salto temporal de unos quince años, y a nosotros nos resulta enormemente instructivo para calibrar hasta qué punto determinadas percepciones sobre España no proceden en exclusiva del franquismo, aunque este régimen las potenciara.

La península ibérica, se puede leer en estas páginas, es casi una isla. No es tan sólo una cuestión geográfica: «España es un absoluto». Hasta el viento que aquí sopla «sólo puede ser español» y también la tierra «huele a España». Es «España un anacronismo en relación a otros países».⁴⁹ «España es distinta, además, porque tiene estilo. En una era prosaica, no teme ser patricia». Este pueblo ama los gestos aparatosos —cita al coronel Moscardó—, «a un tiempo trágicos y altivos». Es una nación cruel y generosa al tiempo. Está orgullosa de su aislamiento. «Y esa influencia exaltadora de España es contagiosa y hace también que el visitante sienta hincharse su corazón».

El país contagia al visitante, para lo bueno y para lo malo. «Todo esto se aúna para dar ese tono especial a España», pero ¡cuidado!, en cierto sentido también todo puede ser ilusorio: estamos ante una nación que busca encerrarse en sí misma pese a su aparente desparpajo. «No hay país en Europa más introspectivo que España y pocos que se admi-

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 491-497.

⁴⁹ Jan MORRIS: *Presencia de España*, Madrid, 1984, pp. 21-22 y 26.

ren tanto a sí mismos». «El genio de España es de índole extraordinariamente íntimo».⁵⁰ Por tanto, pudiera decirse que España es esencialmente triste, pese a las apariencias. Y es que, más que en ninguna otra parte, las apariencias aquí engañan. Es fácil que el visitante superficial se deje engatusar, máxime cuando se trata de un pueblo lleno de paradojas.

Tan reveladoras como esas hipótesis, escritas en 1964, son las consideraciones que hace la escritora tres lustros después, en 1979, cuando teóricamente todo ha cambiado después del franquismo, por lo menos en la esfera política. Uno de los planteamientos más repetidos en el ámbito interno era que ahora, por fin, con la recuperación de la democracia, el país se aprestaba a marchar por una senda *normal* o normalizada, semejante en cualquier caso a los caminos por los que transitaban los países del entorno geográfico y cultural. ¡Se acabó la diferencia española! No es eso, sin embargo, lo que puede leerse en estas páginas, sino más bien lo contrario: «el despotismo que murió con el general Franco no era una aberración, sino la norma política española». Al español le gusta verse como individualista incorregible, pero más «que la mayoría de los pueblos, parece necesitar una cabeza fuerte».

Por eso, sigue diciendo Morris, «el pueblo español parece casi materia ideal para la dictadura: fuerte, diligente, valiente, orgulloso, patriótico, obediente, falto de imaginación». En definitiva, como tantos otros autores que visitan España durante la transición o a finales de los años setenta, la autora ve la democracia española con escepticismo: «La autocracia es un antiguo hábito español», la dictadura «representa el orden natural de las cosas» en esta tierra.⁵¹ En el último cuarto del siglo xx los españoles tendrían muchas más ocasiones de comprobar lo difícil que resulta erradicar los estereotipos o, simplemente, las imágenes establecidas.

Referencias bibliográficas

BRENAN, Gerald: *La faz de España*, Plaza Janés, Barcelona, 1985.

BURNS MARAÑÓN, Tom: *Hispanomanía*, Plaza Janés, Barcelona, 2000.

CROZIER, Brian: *Franco, Historia y Biografía*, 2 vols., Magisterio Español, Madrid, 1970.

—, *España franquista vista por dentro, La*, Adelante, México, 1943.

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 29-30, 32, 34-35.

⁵¹ *Ibidem*, pp. 151-153.

- GRAVES, Robert: *Por qué vivo en Mallorca*, Olañeta, Palma, 1997.
- GRAVES, William: *Bajo la sombra del olivo. La Mallorca de Robert Graves*, Olañeta, Palma, 1997.
- HAMILTON, Thomas J.: *La España de Franco*, Nuevo Mundo, México, 1943.
- HEMINGWAY, Ernest: *El verano peligroso*, Planeta, Barcelona, 1986.
- , «Hispanismo y la historia contemporánea de España, El». *Historia Contemporánea*, n.º 20, Univ. del País Vasco, 2000.
- , *Historia de España en la literatura francesa. La. Una fascinación...*, Mercè Boixareu y Robin Lefere coordinadores, Castalia, Madrid, 2002.
- HOLLO, Jozef: *España vista por un escritor húngaro*, Uranos, Buenos Aires, 1955.
- KAZANTZAKIS, Nikos: *España. Viva la muerte*, Júcar, Madrid, 1977.
- LEWIS, Norman: *Voces del viejo mar*, Siglo XXI, Madrid, 1992.
- MICHENER, James A.: *Iberia. Viajes y reflexiones sobre España*, Plaza Janés, Barcelona, 1971.
- MORADIELLOS, Enrique: «El espejo deformante: las dimensiones internacionales de la guerra civil española», en *Revista de Extremadura*, n.º 21, Cáceres, 1996, pp. 55-79.
- MORADIELLOS, Enrique: «El espejo distante: España en el hispanismo británico contemporáneo», en *Revista de Extremadura*, n.º 24, Cáceres, 1997, pp. 7-38.
- MORRIS, Jan: *Presencia de España* [1964], Turner, Madrid, 1984.
- PEREIRA CASTAÑARES, Juan Carlos: *Historia y Presente de la Guerra Fría*, Istmo, Madrid, 1989.
- PITT-RIVERS, Julian: *Un pueblo de la sierra: Grazalema* [1954], Alianza, Madrid, 1989.
- PLENN, Abel: *Viento en los olivares: la España de Franco vista por dentro*, EDIAPSA, México, 1947.
- PRITCHETT, V. S.: *The Spanish Temper*, Chatto & Windus, Londres, 1954.
- PROBST SALOMON, Barbara: *Los felices cuarenta*, Seix Barral, Barcelona, 1999.
- ROGNEDOV, Alejandro: *Cartas de un yanqui viajando por España*, Ediciones I.C.I., Madrid, 1951.
- SALTER, Cedric: *Introducing Spain* [1953], Methuen, Londres, 1967.
- SAZ, Ismael, editor: *España: la mirada del otro*, Ayer, M. Pons, Madrid, 1998.
- SITWELL, Sacheverell: *Spain*, B. T. Batsford, Londres, 1950.
- TODD JR., Roberto H.: *Viajando por Europa*, Iberoamericano, Madrid, 1957.
- UCELAY DE CAL, E.: «Ideas preconcebidas y estereotipos en la interpretación de la Guerra Civil española: el dorso de la solidaridad», *Historia Social*, 6, 1990, pp. 23-47.
- YOURCENAR, Marguerite: «Andalucía o las Hespérides» [1950], en *El tiempo, gran escultor*, Alfaguara, Madrid, 1989, pp. 173-190.